

Nace un Poeta

por Sebastián Salazar Bondy

En mi busca, hasta este escritorio de LA PRENSA, llega un joven. Luego de un medroso preámbulo, me explica el objeto de su visita. Bajo el brazo, como un tesoro sin resplandor externo, incógnito envoltorio de papel, trae un libro de poemas inédito, el primero que ha escrito y, por ello, tan sincero como entrañable. Me habla de su venida a la capital desde la lejana provincia, de sus penurias en la ciudad, de su sorpresa ante esta vida impaciente e impasible. Lleva en sí las huellas del desconcierto, pero en su persona asoman ya los estigmas de quien se adapta resignado a la nueva existencia.

Aun a pesar de uno, esta clase de escritores nuevos suelen generalmente escamarnos. No obstante su condición de principiantes, ya están ganados por una inexplicable soberbia y lucen un amor propio y una susceptibilidad extremadas. Los originales que nos entregan son apenas balbucesos, fragmentadas muestras de intuiciones no cuajadas, parodias de libros leídos, imitaciones sin mayor originalidad. ¿Qué recomendaciones les podemos dar? Casi siempre se recurre a esas "Cartas a un joven poeta" de Rilke, en donde se halla toda una sabiduría imponderable, todo un rumbo para encontrarse a sí mismo. Indagar por la propia personalidad, obtener a través del estudio un dominio de las formas y el lenguaje, ser sincero y ejercer una severa crítica consigo, son algunos de los consejos primarios que se les puede dar. No siempre estas normas son atendidas, no empece a que ellas están destinadas, ante todo, a procurarles una luz para develar las tinieblas que los rodean.

El joven que hace unos días vino a mí, me extendió un cuaderno: "Muerte cercana" se llama. Le prometí leerlo y lo cité para un día subsiguiente. En mi casa, en una hora de reposo, tomé con desconfianza aquellos originales. No digo que el libro se me revelara como genial, pero me resultó inusitado el tono limpio, sereno, distinto, de sus palabras. Era efectivamente poesía.

Y lo que es mejor, poesía sin influencias vecinas, sin ecos recientes, sin parentesco con obras consagradas o lecturas habituales. Conforme avancé en el cuaderno, a pesar de que no siempre esa entonación personal subsistía, me fui percatando de que me hallaba ante el fruto de una vocación auténtica, cultivada con hondura y emoción. Versos como éstos fueron los que me suscitaron dicha impresión:

Los ángulos del cuarto se hacen dis-

(tantes

y la luz se extingue antes de alcan-

(zarlos.

La puerta abierta me invita con un tí-

(mido "sal.

Afuera el transmutado paisaje aprueba;

ciertamente rompiera la compañía de

(dudas balanceantes

y me fuera en silencio, lentamente,

como si del caudal de cien ríos

uno se separara calladamente.

Fué entonces cuando me di cuenta, reflexionando sobre el porvenir de este escritor —es decir, sobre el porvenir de todos aquellos jóvenes que se sienten en el Perú llamados a una tarea artística—, que la situación de Efraín Miranda —tal es el nombre del autor de "Muerte cercana"— era la de un ser puesto ante la alternativa de obedecer ciegamente a su espíritu o la de renunciar, por falta de estímulo y circunstancias favorables, a su más intenso destino. En mis manos estaban los poemas de un creador que apunta entre el tráfigo voraz de nuestra existencia, amenazando con la disolución, y yo podía hacer poco con ellos. Escribir esta nota, fué la primera manera de ayudarlo que se me ocurrió. Buscarle, luego una colocación para que atiende a su diaria subsistencia. Y, más adelante, encontrar un editor que se decida a imprimir un libro de poesía que, posiblemente leerán sólo unos cuantos.

El problema particular de Efraín Miranda es el problema de muchos. No hay concursos, no hay casas editoriales, no hay revistas. Nadie puede en nuestro país aspirar a vivir de su pluma. Ni siquiera los novelistas o los dramaturgos, que en otros países, con lectores y espectadores, pueden dedicarse plenamente al ejercicio de su profesión literaria. ¿De quién es la culpa? En verdad, de todos y de nadie. ¿Cuántos como Efraín Miranda nacerán artistas, nacerán poetas, y por carecer de medios, por hartazgo de la miseria y la desolación, por horror al anónimo y al desprecio, abandonarán su legítima senda?

Puedo citar, aunque no es desglosando versos como mejor se puede juzgar a un poeta, pasajes y estrofas de "Muerte cercana" de Efraín Miranda, con el fin de dar un testimonio cabal de su valor. He aquí algunos aciertos de los muchos que tiene el libro. El poema que sigue es simple y profundo.

No quiero más retratos

de este ambulante fotógrafo de las vi-

(das.

Hoy me ha radiografiado

con su genial fotografía.

No me sorprende el perfecto enfoque,

ya que desde cualquier plano seré el

(mismo.

Lo que admiro, ¡oh artista!, es el ne-

(gro negativo.

También es significativo el que habla de los muertos y que concluye así:

Ellos son los designados como los go-

(zosos de lo eterno

y sus cuerpos que en secreto se trans-

(forman

devienen arroyos, hierbas, efigies intem-

(porales.

Pero hay otros y otros que no es posible transcribir debido a la necesaria brevedad de estas líneas. Aquí está el libro y en él, por ahora como en una arca incógnita, sus méritos. Aspiro a que estas líneas muevan a alguien a interesarse por él, eso es todo.

El joven que vino a mi escritorio de LA PRENSA, como algunos otros, en pos de una palabra de aliento, necesita algo más que esto. Cuando nace un poeta —Baudelaire decía que la madre y el mundo

lo lamentaban como la aparición de un ser satánico— es porque alguien, en el orden del universo, así lo dispone. Efraín Miranda guarda, sencillo y silencioso, cumplir esa terrible misión que es penetrar en todos los misterios y sacar de ellos ese deslumbrante fuego de lo maravilloso que sólo algunos escogidos tienen el privilegio de hallar. Nuestro deber es tratar de que ese designio extraordinario sea cumplido sin sacrificios materiales.